

“QUE LOS POBRES SEAN EXALTADOS” (DyC 104:16)

El Elder Gene R. Cook, del Primer Quórum de los Setenta, cuenta la siguiente historia.

“Después de mudarnos a un país en Sudamérica para presidir una misión, nos dimos cuenta de que nuestro presupuesto para alimentos se encontraba en serias dificultades. Empezamos a preguntarnos a dónde iba el dinero. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Estábamos alimentando a todos los misioneros, o qué?”

Entonces nos dimos cuenta de que estábamos alimentando a cuatro o cinco personas extra cada día, que tocaban nuestra puerta pidiendo ayuda. Algunos casos eran muy dramáticos, como el de una mujer que llegó con un niño de tres años diciendo: “Mi hijo necesita una operación. No tengo dinero, y si no hago nada morirá dentro de un mes. Estoy tratando de conseguir el dinero.” Se imaginan cómo algo así tocaba las cuerdas de nuestro corazón, y mi esposa había respondido desde el corazón.

Discutimos el asunto y pensamos: “Bien, no podemos mantener a toda la ciudad. Ni siquiera podemos mantener a este vecindario”. Así que nos preguntamos qué deberíamos hacer. Sin embargo, también caímos en la cuenta de que estábamos “en la lista”. En otras palabras, algunas personas se mantenían mes tras mes haciendo ronda por ciertas casas, y la nuestra era una de ellas.

Teníamos un pedazo de tierra justo frente a nuestra puerta, y dije: “cariño, cuando vengan, qué tal si les decimos: “Estaremos encantados de servirles una comida completa. Sólo quisiéramos que dediquen una hora trabajando en este pequeño pedazo de tierra. Estamos planeando poner allí un jardín”.

¿Adivinen cuántas personas aceptaron la oferta en todo un año? Ni uno. ¿Es de sorprender? Habían aprendido el camino más fácil. No sé cuántos cientos vinieron a nuestra casa, pero ni uno estaba dispuesto a trabajar para conseguir el dinero, la medicina o los alimentos que pedían. Qué agradecidos debemos estar por los inspirados

principios de bienestar, que nos permiten mantener nuestra dignidad y autorrespeto trabajando por lo que recibimos.”

Al ayudar a los pobres y necesitados recuerde que, junto con aliviar la necesidad inmediata, usted debe hacer todo lo posible por desarrollar en ellos los sentimientos de autoestima, dignidad y preocupación por lograr su propio bienestar y el de los suyos. Cualquier sistema de ayuda que representa mal acostumbrar a una persona y eximirla de la responsabilidad de esforzarse por su propio bienestar, es contraria a los principios del evangelio:

“Todos debiéramos anhelar una mayor autosuficiencia, un mayor espíritu de independencia, y un deseo más fuerte de cuidar de nosotros mismos y de los nuestros” (Gordon B. Hinckley, en *Conference Report*, octubre de 1982, pág. 111).

Además:

“Ningún fiel Santo de los Últimos Días que esté física o emocionalmente capacitado cederá voluntariamente la carga de su propio bienestar o el de su familia a otra persona, sino que mientras pueda, bajo la inspiración del Señor y con sus propios esfuerzos, se abastecerá a sí mismo y a su familia de los elementos espirituales y temporales necesarios para la vida” (Spencer W. Kimball, “Los servicios de bienestar: El Evangelio en acción”, *Liahona*, enero de 1978, pág. 111).

El plan del Señor de ayuda a los necesitados incluye como uno de sus fundamentos la elevación del individuo, a fin de que éste se convierta en actor de su propio destino. El Señor dijo:

“...ésta es la forma en que yo, el Señor, he decretado abastecer a mis santos, para que los pobres sean exaltados, y los ricos sean humildes” (DyC 104:16. Subrayado nuestro).

Los pobres son exaltados a medida que, en su afán por superar su estrechez, aplican todo su esfuerzo, inteligencia, industriosisidad, creatividad,

talentos, disciplina, etc. para modificar las circunstancias que les ha tocado vivir.

Compare la historia inicial del Elder Cook con el siguiente relato:

La historia de la familia Castañeda

Quiero contarles algo que oí comentar hace poco en México. Estando en Torreón, me llevaron a todas partes en un lindo automóvil que pertenece al hermano del cual voy a hablar, que se llama David Castañeda.

Hace treinta años, él y su esposa Tomasa, así como sus hijos, vivían en un rancho ruinoso cerca de Torreón; tenían treinta pollos, dos cerdos y un caballo flaco; las gallinas les producían unos huevos para su sustento y algo para ganarse un peso de vez en cuando. Eran pobres. Un día, llegaron los misioneros. La hermana Castañeda dijo: “Los élderes nos quitaron las vendas de los ojos y nos trajeron la luz. No sabíamos nada de Jesucristo; no sabíamos nada de Dios sino hasta que ellos aparecieron”.

Ella apenas tenía dos años de formación escolar; el esposo, nada. Los élderes les enseñaron y al final los bautizaron. Después, se mudaron a un pueblecito llamado Bermejillo. Allí, tuvieron la fortuna de entrar en el negocio de chatarra, comprando autos destrozados; de ahí pasaron a relacionarse con compañías de seguros y otras empresas. Poco a poco fueron creando un negocio próspero en el que trabajaban el padre y los cinco hijos varones. Con su fe sencilla pagaban fielmente el diezmo. Ponían su confianza en el Señor; vivían el Evangelio; prestaban servicio en donde los

llamaran. De sus hijos, cuatro de los varones y tres de las mujeres cumplieron misiones; el menor es misionero ahora en Oaxaca. En la actualidad tienen un negocio de considerables proporciones y han prosperado en él, a pesar de las burlas de sus críticos. Su respuesta es un testimonio del poder que ha tenido el Señor en su vida.

Alrededor de doscientas personas, entre familiares y amigos, se han convertido a la Iglesia gracias a la influencia de ellos. Más de treinta jóvenes, hijos e hijas de parientes y amigos suyos, han cumplido misiones. La familia donó el terreno en el que se levanta la capilla.

Los padres y los hijos, que ya son personas mayores, se turnan todos los meses para viajar a la Ciudad de México con el fin de trabajar en el templo. Ellos son un testimonio vivo de la gran potestad que tiene la obra del Señor para elevar y cambiar a la gente. Son representativos de los miles y miles de personas de todo el mundo que experimentan el milagro del mormonismo cuando reciben el testimonio de la divinidad de esta obra. [Véase Gordon B. Hinckley, “El testimonio”, *Liahona*, julio de 1998, págs. 76--77.]

Piense en las familias a las que ha estado ayudando en los últimos meses: ¿Cómo está su autoestima? ¿su carácter se ha fortalecido o se ha debilitado? ¿sienten que controlan su vida, o más bien se sienten abrumados por sus problemas? ¿Actúan por sí mismos (2 Ne 2:26) o son sólo víctimas de las circunstancias y problemas que les ha tocado vivir? ¿Están dispuestos a trabajar y esforzarse por lo que desean tener, o prefieren recibir todo gratuitamente? ¿Cómo puedo ayudarles a ser más responsables e industriosos?

Recuerde: uno de los efectos de la conversión es el espíritu de industria (=trabajo) :

“Y aconteció que yo, Nefi, hice que mi pueblo fuese industrial y que trabajase con sus manos” (2 Ne 5:17)

“Y plantaron sus tiendas, y empezaron a labrar la tierra y comenzaron a construir edificios; sí, eran industriales y trabajaron mucho” (Mos 23:5)

“Y empezaron a ser una gente muy industrial...” (Alma 23:18)

“Y eran sumamente industriales; y compraban y vendían y traficaban unos con otros, a fin de sacar ganancia” (Eter 10:22)